

Investigación (I+D) y crisis

Scientific research and crisis

Enric Tortosa Martorell

*Institut Mediterrani d'Estudis Avançats
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Universitat de les Illes Balears*

La investigación científica y técnica (la I+D), la ciencia y la tecnología, ha adquirido en los últimos meses, y con particular intensidad durante las últimas pocas semanas, una presencia mediática fuera de lo habitual. Ha sido objeto de artículos, manifiestos por parte de muy diferentes colectivos, columnas de opinión y editoriales en periódicos importantes. Una muestra de algunos titulares: “22 premios Nobel expresan su preocupación por la Ciencia en España” (4 de junio); “La investigación, ¿un lujo en tiempos de crisis?” (Alex Aguilar, 15 de junio); “Los científicos denuncian ante el Parlamento Europeo los recortes en I+D” (21 de junio); “Investigadores del CSIC denuncian en la UE la situación de la Ciencia en España” (2 de noviembre); “los rectores denuncian masivos recortes en la financiación de la I+D” (5 de noviembre). Dos editoriales destacados: “Escuálida ciencia” (El País, 18 de junio); “Alarma en la élite científica” (La Vanguardia, 6 de noviembre).

Como colofón a este panorama informativo, cabe citar el manifiesto muy reciente “*Sin I+D no hay futuro*”, que se inicia con este párrafo: “A través de este comunicado las organizaciones abajo indicadas queremos señalar la crudeza de la situación actual de la I+D+i en España para conocimiento de todos los ciudadanos y requerir a nuestros gobernantes y representantes políticos que actúen con visión estratégica y perspectiva de futuro. Pedimos que actúen en consecuencia más allá de las palabras y las declaraciones grandilocuentes. Los hechos, hasta el momento, nos abocan a la relegación, pero todavía hay margen de actuación. Es urgente. Porque la Investigación y la Innovación no son un lujo: sin I+D+i no hay futuro”. Y está firmado por las siguientes organizaciones: COSCE (Confederación de Sociedades Científicas Españolas); CRUE (Conferencia de Rectores de Universidades Españolas); Plataforma de Investigación Digna; Federación de Jóvenes Investigadores; Sindicatos CCOO y UGT; y Foro de Empresas Innovadoras.

¿Qué está ocurriendo para que, por primera vez en décadas, se esté produciendo esta gran movilización

alrededor de la investigación? Los datos son bien conocidos y figuran en una serie de trabajos e informes, entre los que cabe destacar el Informe COSCE 2012 (“Análisis de los recursos destinados a I+D+i –política de gasto 46- en el proyecto de presupuestos generales del estado para el año 2013”), fácilmente accesible en internet. En concreto, en el proyecto de presupuestos generales del Estado para 2013, las partidas presupuestarias destinadas a I+D+i disminuyen un 7.2% respecto al año anterior, con particular incidencia (el 80% del recorte) en los fondos no financieros (subvenciones), de los que se nutre fundamentalmente la investigación pública en universidades y organismos de investigación. Lo grave de esta situación no es una disminución transitoria de estos fondos, por uno o dos años; la gravedad reside en que, después de subidas espectaculares en la financiación pública de la I+D+i principalmente en los ejercicios 2005 a 2007 (incrementos a niveles del 25% anual acumulativo), el inicio de la crisis frena repentinamente este crecimiento y comienza un desplome también espectacular, al que no se vislumbra final, y que nos sitúa, en esta inversión en ciencia, tecnología e innovación, a niveles de 2005. Citando el aludido documento de la COCSE: “El deterioro acumulado es tan notable que tiene visos de poner en una situación crítica a nuestro sistema de ciencia y tecnología”. Porque la clave ya no es soportar, transitoriamente, una razonable disminución de presupuestos públicos. Esto puede ser asumible para un sistema de I+D (o de I+D+i, si se prefiere) robusto y experimentado por décadas. Pero nuestro sistema es todavía débil y no consolidado, y muy alejado de los parámetros de países de nuestro entorno. En cualquier indicador que se utilice, estamos todavía lejos de la media europea y, desde luego, muy lejos de países avanzados, como Francia, Gran Bretaña o Alemania. Y el problema mayor es que esta situación de crisis puede afectar no sólo al nivel de actividad investigadora, lo que ya sería grave, sino también a la propia estructura del llamado sistema de I+D+i. Un sistema de I+D cuesta decenios de construir y consolidar, y puede destruirse en muy pocos años. Quizás estemos corriendo este peligro, después de décadas de esfuerzos y consensos políticos sobre estas políticas.

Tenemos un sistema quizás no adolescente, pero sí indudablemente joven. Recordemos su origen. El principio de la auténtica política de I+D en nuestro país puede radicarse en la aprobación, por consenso entre todas las fuerzas políticas presentes entonces en el Parlamento, de la conocida como “Ley de la Ciencia”, en el año 1986. Simultáneamente se crearon las estructuras y mecanismos, previstos en la Ley, que permitieron la coordinación, el fomento y la planificación de la actividad científica española: Fondo Nacional para la Investigación Científica y Técnica; Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología (CICYT); Secretaría General del Plan Nacional de I+D; y Planes Nacionales de I+D. El primer Plan Nacional fue el del cuatrienio 1988-1991, y desde entonces se han sucedido, sin interrupción, planes nacionales con diversa denominación. Adicionalmente, el incipiente sistema español se internacionalizó, sobre todo a través de la participación intensa en los Programas Marco de la UE, y, un hecho importante, la mayoría de las Comunidades Autónomas pusieron en marcha políticas de I+D+i más o menos vigorosas o acertadas.

En grandes números (INE), en estos escasos 25 años el salto ha sido espectacular, habiéndose duplicando el gasto de I+D/PIB (de 0.7 en 1988 a 1.4 en 2010) y multiplicando por 10 el número de investigadores a jornada completa (31.000 en 1988; 134.000 en 2010). Y todavía se requería, se requiere, un gran esfuerzo adicional para aproximarnos a las cifras medias de la UE. Y no se trata sólo de números, de dinero y de personas; en España se ha ido creando una red realmente puntera en centros de investigación de excelencia y de infraestructuras promotoras de la tecnología (parques tecnológicos y científicos, centros tecnológicos, unidades de transferencia de tecnología, etc); asimismo, sectores industriales de alta tecnología, como pueden ser los de biotecnología o tecnologías de la información y comunicaciones (TICs). Y, sobre todo, una red de investigadores de excelencia, competitivos a nivel internacional, y que han sido capaces de situar a España, en tan poco tiempo, en el número nueve mundial en producción científica con reconocimiento internacional. Todos este conjunto de estructuras y actividades, que constituyen el sistema de I+D, están empezando ya a soportar un desgaste considerable que pone en peligro su continuidad. Y lo peor, la pérdida, ya constatable, de nuestros investigadores jóvenes, que tanto esfuerzo ha costado para formar, y que empiezan a abandonarnos. O la falta de retorno de los que están

formándose fuera de España, cada vez con menos expectativas de volver a servir a la ciencia española. La pérdida de capital humano es la peor consecuencia de la crisis; costará muchos años recuperar el impulso y la creatividad de nuestros científicos jóvenes, condiciones indispensables para la I+D española.

Precisamente en investigación biomédica nuestro país ha dado un salto muy considerable, en infraestructuras, personal investigador, retorno de investigadores desde los mejores centros del extranjero, y resultados, tanto científicos como tecnológicos. Es responsabilidad de la sociedad en general, pero también y especialmente de las sociedades e instituciones como las que edita esta Revista, luchar para que todos estos resultados ya consolidados no se vayan perdiendo. Es cierto que la respuesta social ante esta situación crítica de la investigación española no ha sido tan amplia como hubiera sido deseable. Por ejemplo, se echa a faltar una mayor respuesta del mundo empresarial. Hay que hacer notar que gran parte de las protestas provienen del propio mundo investigador, o sea, de sectores que pueden considerarse juez y parte.

¿Qué hemos hecho mal, los que hemos estado involucrados en estos temas, a nivel individual o colectivo, para que esta demanda de mayores conocimientos, de más ciencia, de más investigación, no sea más amplia? ¿Qué ha faltado para convencer a nuestros políticos, que precisamente en épocas de crisis es cuando hay que reforzar las actividades de I+D+i? En otros países, como EEUU, Francia o Alemania, en esta época de crisis los presupuestos en esta materia se mantienen e incluso se incrementan. ¿Por qué nuestros políticos y empresarios no acaban de creerse que el cambio de modelo económico sólo puede llegar a través de mayores conocimientos, de mayor ciencia y de mayor innovación? ¿Por qué en España parece que no tiene credibilidad todavía el hecho generalmente aceptado, al menos en el mundo desarrollado, que el futuro está en los nuevos conocimientos, en la investigación y en la formación?

Si después de 25 años, al menos, de políticas científicas y tecnológicas, de programas amplios de difusión y extensión de la ciencia o de apoyo a la innovación en las empresas, estamos en la situación de crisis actual, es que en algo se ha fallado, y estimo que es un hecho que merece reflexión. Seguro que la Real Academia de Medicina de las Illes Balears

puede ser un excelente foro para contribuir a esta necesaria reflexión, fundamental para el futuro de nuestro país.

La situación particular de las Illes Balears no se aparta básicamente de la tendencia general en España, aunque merecería, por sus peculiaridades, una aportación específica que ya no tiene cabida en estas breves páginas.

Para terminar, nada mejor que recoger algún párrafo de la carta que 42 premios Nobel europeos dirigen a la Comisión de la UE, opinando sobre el presupuesto que se destinará al próximo Programa Marco (2014-2020): “En caso de una severa reducción en el

presupuesto comunitario de investigación e innovación corremos el riesgo de perder una generación de científicos de talento, justo cuando Europa más los necesita”; “Europa está a la vanguardia de la ciencia en muchas áreas; la transformación de este conocimiento en la innovación de nuevos productos, servicios e industrias es la única forma de dotar a Europa de una ventaja competitiva en el cambiante panorama mundial y asegurar a largo plazo la prosperidad futura de Europa”. Y no olvidemos que esta alarma “preventiva” se produce cuando se plantea que este Programa Marco (“Horizonte 2020”) puede dotarse de un presupuesto 25-30% superior al del Programa anterior que ahora finaliza.

